Cap. III.—Pasiones sensitivas. . . . . 96
Cap. IV.—Pasiones cerebrales. . . . . 111
Cap. V.—Pasiones cerebrales (continuación) . . . . . 126

## LIBRO CUARTO

### CÓMO TERMINA Ó SE TRANSFORMA LA PASIÓN

Capítulo I.—Muerte natural de la pasión . . . . . 145
Cap. II.—Metamorfosis de la pasión. . . . . 150
Cap. III.—De las enfermedades mentales por las cuales puede terminar la pasión . . . . . 154
Cap. IV.—Cómo llega al éxtasis la pasión . . . . . 161
Cap. V.—El éxtasis descrito por Santa Teresa. . . . . 177

## LIBRO QUINTO

### FISIONOMONÍA PASIONAL

Capítulo I.—Las razas humanas. . . . . 189
Cap. II.—De los temperamentos y su influencia en las pasiones. . . . . 198
Cap. III.—Generalidades acerca de los temperamentos. . 207
Cap. IV.—Ojeada general. . . . . 216

FIN DEL ÍNDICE

# LAS PASIONES HUMANAS

## LIBRO PRIMERO

### DE LA VIDA Y DE LAS NECESIDADES

> No está lejana la época, así lo espero, en que se vea substituir á las causas ocultas y místicas, con ayuda de las cuales se explican los fenómenos vitales, la exposición de las leyes físicas á las que aquéllos son debidos.
>
> (Dutrochet.)

## CAPITULO PRIMERO

### DE LA VIDA

«Sería necesario, dice el gran Linneo, definir la vida antes de razonar sobre el alma; pero esto lo creo imposible.» Los límites de lo imposible nunca han sido fijados, porque, ¿quién osaría hoy día poner á la ciencia el veto por el cual Jehová encadenó las olas del mar, el famoso «de aquí no pasaréis» de la Biblia?

La vida en el seno de un elemento aislado ó de un ser organizado monocelular, puede definirse: *un doble movimiento de asimilación y desasimilación, del que las leyes de la endósmosis y de la exósmosis rigen las principales condiciones.*

En vez de una célula simple, aislada, supongamos un grupo de células parecidas entre ellas, yuxtapuestas, y tendremos uno de estos seres policelulares rudimentarios que ocupan los más humildes escalones del reino orgánico. Tales son los paramecios, como asimismo los opalinos de los intestinos de la rana, que están constituídos por un grupo de células parecidas entre sí, encerradas en una membrana provista de hilos vibrátiles con ayuda de los cuales se mueve el animal. Aquí el lazo federativo es todavía muy débil. Cada célula toma de los medios ambientes los materiales que le convienen y les restituye aquellos que han pasado á serle inútiles ó nocivos. Hay además un líquido intercelular que tiene momentáneamente en disolución las materias alimenticias ó excrementicias de las células. Es una simple cuestión de endósmosis y exósmosis, una doble corriente de cambios materiales á través de las paredes celulares, corriente sometida exactamente como en un aparato de física al resultado de la variación de densidades.

Nada, pues, de misterioso en este movimiento nutritivo, que es el acto vital por excelencia. Dutrochet y Graham, han provocado y estudiado cien veces en sus aparatos de física hechos análogos; y la única gran diferencia entre los fenómenos endosmáticos, que estudia la física, y los actos nutritivos íntimos, se reduce á modificaciones en la composición química de los cuerpos en cuestión.

El líquido expelido por la célula ó fibra elemental difiere químicamente de aquel que ella absorbe; así los elementos de los tejidos propios de los seres organizados complejos, de los que nos ocuparemos más adelante, por ejemplo: la fibra muscular, órgano del movimiento, la célula cerebral, órgano del pensamiento, transforman los materiales nutritivos, fibrina, albúmina ó plasmina, que les suministra el torrente sanguíneo, en otros productos albuminoides denominados creatina, creatinina, debidos á una oxidación, á una combustión imperfectas.

¡Qué simplicidad en el fondo de lo que ha sido durante tanto tiempo llamado insondable misterio de la vida! Es un doble movimiento de asimilación y desasimilación en el seno de un elemento anatómico microscópico, ya sea este elemento un glóbulo sin pared aparente como se observa muy á menudo en los animales complejos, ya una simple cavidad cerrada, fibra ó célula, lo que puede decirse que es lo regular en los vegetales.



Lo misterioso es tan sólo lo desconocido del presente, destinado, por lo general, á ser determinado en el porvenir. Pero entremos, aunque rápidamente, en el examen de la vida en los seres superiores.

En el ser complejo, sobre todo en el animal superior y en el hombre, del cual debemos únicamente ocuparnos, los fenómenos íntimos de la vida son idénticamente los mismos, teniendo necesidad de aparatos orgánicos especiales para efectuarse; la federación aquí es ya más estrecha; los elementos dotados de formas variadas se agrupan para constituir tejidos, aparatos, órganos dependientes los unos de los otros, pero que todos poseen las grandes cualidades vitales sin las que no puede existir la vida; pero que están, por otra parte, encargados de tal ó cual función particular útil á la colectividad.

Así, para que cada uno de los numerosos elementos cuyo conjunto constituye el animal superior ó el hombre, estén en íntima relación con el mundo exterior, el cual les ha de suministrar los materiales indispensables á su existencia, no basta el líquido intercelular; es necesaria la existencia de un complicado sistema de canales y vasos ramificados que abracen en conjunto todas las partes del animal, siendo su misión la de contener y hacer circular rápidamente un líquido llamado por Bordeu *carne líquida:* la sangre. Esta es, según la feliz idea de Mr. C. Bernard, un verdadero medio, un medio fisiológico para los elementos. Es exactamente para ellos lo que el agua para ciertos seres rudimentarios, entre la cual nacen, viven y mueren. Su función es la de suministrar ya á los elementos mismos, ya al líquido intercelular, los alimentos indispensables para la vida y tomar, al mismo tiempo, los residuos inútiles ó nocivos que los órganos glandulares especiales se encargan de eliminar fuera de los límites ó frontera de la república.

Otros dos grandes sistemas orgánicos son los servidores de la circulación; el *sistema digestivo*, el cual después de haber elaborado los futuros materiales de la absorción, los alimentos, los entrega al sistema circulatorio, y el *sistema respiratorio*, cuya función es la de favorecer la entrada del oxígeno vivificante en la sangre, de donde los glóbulos lo beben, lo guardan y lo esparcen por los tejidos. Al mismo tiempo, y por un mecanismo análogo, este sistema sirve de emuntorio gaseoso y elimina los gases impropios para la nutrición.

Sabemos que la piel obra por el estilo que la mucosa pulmonar, la cual, propiamente hablando, no es más que una divertícula.

En todo lo dicho no hay más que actos puramente físicos y químicos; nada todavía para la vida de conciencia. Pero para formar estos grandes aparatos, la célula elemental ha sufrido grandes metamorfosis; se ha transformado en tejidos múltiples,—muscular, fibroso, glandular,—en los que conservan todavía los elementos su vida individual aún cuando existe entre ellos asimismo una íntima solidaridad. Además de los sistemas anteriormente dichos existe otro que ejerce especialmente un poder unitario, moderador y regulador de los numerosos actos de la vida: es el sistema nervioso, constituído por un tejido especial. Aquí ya no hay solamente, como en los sistemas circulatorio, digestivo y respiratorio, puros transportes de materiales; la función del sistema nervioso es, sobre todo, dinámica y gubernamental. Es, además, el sitio y órgano de la vida psicológica; á él solamente nos obliga el método científico á relacionar todo aquello que los psicólogos y metafísicos han atribuído á una entidad abstracta, el alma. Sus principales propiedades son, además de su influencia indirecta sobre la vida nutritiva, la *motilidad*, ó propiedad de transmitir excitaciones á los músculos, la *sensibilidad*, la *impresionabilidad* y el *pensamiento*, del cual nos ocuparemos especialmente.

Con un sistema nervioso completo, el ser organizado está provisto de la vida de conciencia. Siente, en cierto modo, los actos orgánicos que se realizan en él, y puede intervenir voluntariamente, ya para originar, ya para favorecer algunos de ellos.



Sin el sistema nervioso, este mismo ser organizado no verifica sino funciones, que se ejercen fatal é inconscientemente bajo la influencia de las grandes leyes de la materia; con un sistema nervioso completo, tiene necesidades; es decir, la conciencia de ciertas tendencias orgánicas necesarias; oye el grito de los órganos que le piden vida. Definiremos, pues, la *sensibilidad* diciendo que es: *una tendencia orgánica sentida* que, cerebral, psíquicamente, se formula en el hombre en ineludibles impulsaciones, en *deseos*, cuyo resultado es una impresión de placer ó dolor, según la evolución orgánica necesaria á la vida sea favorecida ó contrariada.

De esta definición resulta que la enumeración de las necesidades debe ser ajustada á la de las funciones; mas como, para nosotros, la necesidad se compone de dos elementos, á saber: la tendencia orgánica y su eco en los centros nerviosos bajo la forma de deseo, habrá, por tanto, necesidad únicamente en los casos en que la conciencia y la voluntad puedan intervenir.

Si tuvieramos conciencia de todos los actos vitales que se realizan en nuestro organismo, si pudiéramos, según nuestra voluntad, modificar su curso, habría tantas necesidades como órganos, tejidos, elementos, puesto que el movimiento, la acción incesante, son las condiciones de existencia de la materia organizada; mas un gran número de estos actos no son del dominio de la vida de conciencia, lo que da lugar á que nosotros mismos ignoremos los actos vitales más íntimos. Así como antes de la aparición de los centros nerviosos, los actos vitales primitivos, celulares, se realizan inconscientemente, asimismo en el ser completo provisto del árbol nervioso, estos fenómenos esenciales, cualquiera que sea la base del ser, tienen lugar sin despertar la percepción central. Los elementos absorben, segregan, se multiplican, envejecen y mueren; los hemisferios cerebrales nada saben de esto é incesantemente millares de actos vitales de un valor primordial escapan á su conocimiento. Bienestar, malestar, fuerza, debilidad; he ahí los únicos datos cerebrales de los actos íntimos de la nutrición.

El juego de aparatos especiales secundarios existentes en el hombre y en el animal completos, están en es-

trechísima relación con los centros nerviosos; habiendo tantas necesidades y algunas veces grupos de necesidades como grandes funciones fisiológicas. Además, cada órgano, cada tejido especial, deben necesariamente vivir conformes á su organización; de donde arranca una serie de necesidades secundarias, mucho menos tiránicas que las íntimamente enlazadas á la nutrición.

Pueden, pues, las necesidades dividirse en tres clases:

| | | |
|---|---|---|
| 1.º | Necesidades nutritivas. . . | de circulación.<br>de digestión.<br>de respiración. |
| 2.º | Necesidades sensitivas. . . | Necesidad voluptuosa.<br>Necesidad de ejercitar los sentidos especiales. |
| 3.º | Necesidades cerebrales. . . | Morales.<br>Intelectuales. |

---

# CAPITULO II

## ESTUDIO ANALÍTICO DE LAS NECESIDADES

### I

La anterior división de las necesidades y su clasificación por grupos, ofrecen grandes dificultades, pues no se amoldan tan perfectamente á la naturaleza como á nuestro razonamiento. Así como en el espectro solar los colores fundamentales pasan del uno al otro por medio de variaciones tan insensibles que es imposible trazar exactamente la línea divisoria entre el rojo y el anaranjado, el anaranjado y el amarillo, éste y el verde, etc., lo mismo en el mundo, hasta en el de los seres concretos, cada hecho se relaciona con el hecho inmediato, del cual, sin embargo, difiere. De ahí resulta la dificultad de las clasificaciones, hasta en la misma historia natural, y con mucha más razón todavía cuando lo que se trata de clasificar son hechos, actos, tan poco determinados como los cerebrales. Entonces, nuestras groseras divisiones tienen que hacer forzosamente abstracción de diferencias imperceptibles que, no obstante, son las únicas que reflejan la verdad.

Hemos definido la necesidad una tendencia orgánica sentida, un acto fisiológico del que no se tiene conciencia; sin embargo, si buscamos estos dos elementos en todas las necesidades que figuran en nuestra clasificación, no siempre los hallaremos con igual evidencia; lo que es debido, en parte, á lo vago de ciertos hechos cerebrales, y en parte á la imperfección de los conocimientos fisiológicos.

Por ejemplo, la necesidad de respiración—omitimos

como excepcional la de circulación—existe evidentemente como tendencia fisiológica, pero su forma cerebral es muy poco pronunciada, apenas es un malestar general; y es que, en efecto, las dos grandes funciones circulatoria y respiratoria son poco menos que independientes de la voluntad y están íntimamente enlazadas á la vida nutritiva, vegetativa.

En la digestión, por el contrario, los dos elementos están perfectamente determinados. El animal superior y el hombre, deben, bajo pena de muerte, asimilarse periódicamente nuevos materiales; aquí la repercusión cerebral, el deseo, es claramente acentuado: es el hambre ó la sed. Estos hechos cerebrales, son indispensables á la conservación de los seres organizados complejos, sobre todo del vertebrado superior, que ha de consagrar á la tarea de proporcionarse alimento todas sus fuerzas físicas é intelectuales. ¡Cuánto mejor dotados están, en este concepto, los vegetales y algunos animales inferiores, que se asimilan directamente, casi por imbibición, los elementos del medio ambiente!

Entre las necesidades sensitivas, la voluptuosa, es mucho más completa, más fácil de analizar, que la digestiva. Las demás necesidades sensitivas, como las de sensaciones gustativas, auditivas, visuales, etc., son, en la mayor parte de los hombres, poco enérgicas; sin embargo, en algunos, como veremos más adelante, tienen el carácter exigente de la necesidad, pero entonces hasta la misma tendencia orgánica es débil ó difícilmente demostrable. La fisiología explica perfectamente cómo el ojo ve, cómo la oreja oye, pero no nos enseña que los nervios de estos sentidos especiales deban, so pena de que el individuo se perjudique, vibrar bajo la influencia de las ondas luminosas ó auditivas; sin embargo, el hecho perfectamente conocido de la ceguera en los animales de las cavernas prueba suficientemente que la falta prolongada de acción del ojo produce por consecuencia la atrofia del nervio óptico, así como ciertos hechos patológicos, de los que nos ocuparemos más adelante, parecen establecer que en el hombre la inacción prolongada del ojo acarrea algunas veces la alteración ó la pérdida completa de las facultades intelectuales.



Todo órgano normalmente constituído debe obrar, así como toda acción orgánica está necesariamente enlazada á un movimiento material. Esta gran ley fisiológica, nos autoriza por sí sola á sentar que las necesidades cerebrales, morales é intelectuales, están necesariamente unidas á una tendencia orgánica que la ciencia no ha precisado aún; pero el hecho de conciencia, el deseo, es bien claro, bien determinado. Todo hombre completo tiene tanta necesidad de experimentar afecciones, emociones morales, como de combinar ideas. Todos estos actos responden evidentemente á otros actos materiales intercerebrales; á cambios nutritivos en el seno mismo del órgano cerebral.

Sentadas estas largas y enojosas consideraciones generales, pasemos al examen especial y particularmente psicológico de las principales necesidades.

## II

Las necesidades nutritivas, comprenden las de circulación y respiración, la de digestión y sus anexas; en fin, la necesidad del movimiento muscular y la del sueño.

Las menos nobles, en verdad, pero las primeras en la jerarquía de la importancia, existen ya en el recién nacido, así como en el mamífero y en todo vertebrado en general. Sin ellas, sin su exquisita vigilancia, que nunca cesa, la evolución vital sería imposible. Ellas son los humildes proveedores de la nutrición, es decir, de la vida.

Su asiento psicológico es el de todos los fenómenos de conciencia, los centros nerviosos cefálicos. El niño nacido acéfalo no siente el contacto del aire frío, ni la necesidad de respirar. El pollo, al cual Mr. Flourens amputa los hemisferios cerebrales, no siente el aguijón de la necesidad, siendo necesario para que engulla un grano de avena, metérselo dentro del pico, despertando así, por contacto, una acción refleja, inconsciente.

Es carácter común á todas las necesidades nutritivas su gran energía, á la que se resiste difícilmente, y cuando alguna vez se llega á triunfar de ella, bien pronto viene la muerte á poner término á la lucha.

Este carácter falta, por tanto, á la necesidad del movimiento; nutritivo por su relación íntima con la vida de relación, sensitivo por su subordinación al cerebro, se enlaza estrechamente con aquélla.

Hemos visto que la percepción cerebral de la necesidad se formula por el deseo de satisfacerla. Este deseo, que estudiaremos luego con más atención, es el impulso no razonado, indomable en su esencia, de ejecutar un acto: decimos indomable, porque si bien se puede á menudo resistir más ó menos al deseo, no podemos impedir su nacimiento, como tampoco ahogarle cuando ya ha crecido.

Necesidades, es decir, tendencias orgánicas que despiertan el deseo de satisfacerlas: estos son los primeros fenómenos de la vida cerebral en el niño, como asimismo los cimientos sobre los cuales reposan los más nobles hechos cerebrales. Después de la *necesidad* y su fórmula cerebral, *el deseo*, el hecho psíquico más fundamental, íntimamente unido por otra parte á la necesidad, es la *impresión*, modo de una importante propiedad cerebral, la *impresionabilidad*, que estudiaremos detenidamente.

En efecto, cuando obedeciendo á nuestras tendencias orgánicas satisfacemos cualquiera de las necesidades, una necesidad nutritiva, por ejemplo, nos vemos recompensados por una *impresión de placer*, en tanto que la no satisfacción de aquella provoca, por el contrario, una *impresión de dolor*. La consecuencia natural es esta: siempre que se hace sentir el aguijón de la necesidad, la huella de las impresiones, que al saciarla se hayan prducido en el ser, se reanima; las células cerebrales vibran, si se quiere, de la misma manera y si las facultades intelectuales existen, resulta una imagen anticipada, aunque débil, de la impresión que nos espera; lo cual determina una exageración del deseo. Es la primera idea, el primer razonamiento del niño: quiere hacer cesar una impresión penosa, sabe que le espera otra agradable. Este fondo tan sencillo, lo hallaremos en todas las pasiones al analizarlas; es la piedra angular en que descansan todas ellas.

*Influencia de las necesidades nutritivas sobre el pensamiento.* El estudio de esta influencia, que no pueden



negar los filósofos, ni los poetas más etéreos, es el más á propósito para precipitarnos desde las fantásticas alturas en que vive el espiritualismo sobre el modesto campo de la realidad.

Las más nobles facultades del hombre, aquellas que forman á la vez su orgullo y poderío, las que le consagran rey de la Naturaleza viviente, están humildemente sometidas á las groseras necesidades que nos asimilan al bruto. Y si bien, algunas veces, arrastrado por la embriaguez del pensamiento, olvida el hombre las necesidades nutritivas, es solamente por cortos momentos y aun nunca sin perjuicio de aquellas mismas facultades, cuyo ejercicio exalta y cultiva por completo su atención.

Soberbio pensador, que persigues con encarnizamiento una nueva y fecunda idea; sublime poeta, á quien una suave aspiración moral arrastra mucho más allá de los límites del mundo real, descended, descended de vuestras alturas: la bestia espera su alimento y si se lo negáis, una sangre menos rica, impropia para la vida, bañará los orígenes del pensamiento. Entonces, nada de ideas grandes, nada de genio; el acto decae á medida que el órgano: la inteligencia, herida en sus elementos materiales, quedará sin poderío.

En todos los hombres, el músculo cardíaco, el corazón, recibe los nervios de la vida animal, y los de la vida orgánica; está, por otra parte, constituído por fibras estriadas transversales, como las de los músculos voluntarios. Esta estructura anatómica explica perfectamente la facilidad con que ciertas impresiones, ciertas emociones, influyen sobre los latidos del corazón. Este, no obstante, no obedece en nada á la voluntad, en la generalidad de los hombres, si bien existen algunas excepciones que los fisiólogos han observado curiosamente.

Ha habido algunas personas que tenían la facultad de poder suspender á medida de su voluntad los latidos del corazón. Es inútil decir que entonces un malestar general se manifiesta prontamente, malestar que, si no se tuviera muchísimo cuidado, sería seguido inmediatamente del síncope. Pero el síncope, es decir, la detención de la afluencia sanguínea hacia el cerebro, al cesar

los latidos del corazón, encierra instantáneamente, como todos sabemos, la abolición de las funciones cerebrales.

En cuanto á la respiración, está en todos los hombres sometida á su voluntad, relativamente á sus actos más groseramente mecánicos; mas para ello es necesario que se fije la atención en los movimientos respiratorios; en otro caso éstos se ejercen con regularidad y casi inconscientemente. Disminuyen ó aumentan, con la mayor espontaneidad, según las exigencias de la hematosis, funcionando el cerebro bajo la influencia de la sangre vivificada, sin indagar la procedencia de este precioso líquido. Pero si el hombre, abusando de su voluntad para perturbar las funciones orgánicas necesarias á su existencia, suspende sus movimientos respiratorios ó aspira gases poco ó nada oxigenados, entonces un malestar indecible se apodera de él, tiene sed de aire; una sangre negra, mortífera, viene á abolir ó debilitar su pensamiento. Véanse las numerosas observaciones que los suicidas por asfixia carbónica han dejado escritas por su propia mano. Allí se ve el pensamiento, simplemente empobrecido en un principio, degradarse insensiblemente, acabando por estinguirse.

¿Quién no ha hecho en sí mismo observaciones análogas, con motivo de la digestión? La dieta, el ayuno, conducen al enfermo ó al anacoreta al delirio ó á las visiones místicas.

Procuraremos, pues, no entregarnos á ocupaciones intelectuales después de una comida abundante, cuando el sistema sanguíneo conduce penosamente una excesiva cantidad de materiales nutritivos, ó bien cuando las más humildes de las necesidades, las de excreción, nos desgarren con su prosaico acicate.

La influencia de la necesidad del movimiento no es tan evidente, sin que por ello pueda negarse: en el joven, la inacción muscular muy prolongada, y, en general, la fatiga que sigue á todo abuso del movimiento, les sumergen en un estado impropio para los trabajos del espíritu.

Es poco menos que inútil hablar de la necesidad del sueño. El cerebro no puede hacer uso, en un tiempo dado, sino de cierta suma de actividad. Después de un tiempo variable, según la organización individual y á menudo proporcionado á la potencia cerebral, pero generalmente corto, muy corto, la imaginación más brillante se oscurece, la inteligencia más acertada se embota, la razón más segura se falsea. Todo termina para el genio más grande, si no renuncia momentáneamente y á fin de restaurar sus fuerzas, á las más nobles de sus prerrogativas.



## III

El prototipo de las necesidades sensitivas, de las cuales vamos á ocuparnos, es la necesidad voluptuosa, impropiamente denominada hasta hoy, necesidad de la generación. El poderoso atractivo que nos lleva á buscar las relaciones sexuales, no es, en la mayor parte de los casos, la necesidad de engendrar hijos, sino el deseo de experimentar la más voluptuosa impresión de que es susceptible el hombre.

Su orden jerárquico es el inmediato á las necesidades nutritivas, de las cuales tiene la voluptuosa casi la energía; tanto, que muy á menudo, le es poco menos que imposible á la voluntad refrenarla. El dejar de satisfacerla no acarrea la muerte, pero engendra, á menudo, neurosis más ó menos graves. Muchas veces lleva á cometer excesos, de los que resultan diversas enfermedades nerviosas, parálisis, lesiones de la médula espinal, enfermedades orgánicas, por ejemplo, la degeneración tuberculosa; expresiones de una perturbación profunda en la nutrición.

La necesidad voluptuosa, más ó menos enérgica según el clima y el temperamento, existe en todos los hombres durante el período medio de la vida; pero no así las otras necesidades sensitivas, las cuales no se encuentran de una manera bien determinada, sino rarísimas veces. Así como el sentido voluptuoso domina en las necesidades generadoras, en las digestivas el sentido del gusto cede el lugar al hambre. En este caso la impresión nutritiva consigue un triunfo sobre la sensitiva, la que, tan sólo en algunos golosos, puede servir de raíz á una pasión.

La necesidad de sonidos musicales, de impresiones auditivas agradables, es más rara todavía; sin embar

go, cuenta con ejemplos incontestables. A los tres años, Wolfgang Mozart, esperimentaba el mayor placer buscando armonías en el piano. Desde entonces y durante toda su vida, fué necesario vigilarle, para que no quedara sobre su instrumento, olvidado de sí mismo. Tal era su sensibilidad auditiva, que el sonido de una trompeta le producía convulsiones. Hé aquí un ejemplo sorprendente de la íntima relación que enlaza el sentimiento artístico á la impresionabilidad. En su infancia preguntaba á cada instante á las personas que le rodeaban: «¿Me amáis?» y una respuesta negativa le afligía en extremo. Su fisonomía sumamente móvil, nunca en reposo, expresaba constantemente la pena ó el placer.

Naturalmente, su excesiva impresionabilidad, ahogó en él el razonamiento. Incapaz de gobernar sus negocios, pues se dejaba siempre dominar por el placer del momento, tuvo toda su vida necesidad de un tutor.

Hay, además, otros ejemplos análogos. Desde la mas tierna edad, la música produjo en Haydn, un placer inexplicable. Niño aún, prefería ya oir tocar un instrumento, á ir á jugar con sus camaradas. A los seis años, llevaba el compás con una admirable exactitud. A los ocho, se le vió trabajar en su clave de diez y seis á diez y ocho horas por día. Joven aún tocaba sin cesar, en un desván, sin fuego, hasta el momento en que el sueño le abatía, y, no obstante, se creía sumamente dichoso.

La infancia de los grandes pintores, particularmente la de Miguel Angel, ofrece hechos análogos con relación al dibujo y al color. Sin embargo, estos casos deben considerarse como excepciones; pues por lo general, las necesidades sensitivas son tan poco enérgicas, —el sentido genésico aparte,—que el hombre puede, á medida de su voluntad y por un tiempo indefinido, suspender la acción de los sentidos especiales sin experimentar por ello ninguna impresión penosa, ni desear vivamente ejercitarlos. Se tiene hambre y sed de alimentos, raras veces de impresiones sensitivas.

---

# CAPITULO III

## DE LAS NECESIDADES CEREBRALES

### I

Las necesidades cerebrales son las que más interesa estudiar en psicología. ¿Qué es, en efecto, el hombre para el psicólogo? Un cerebro servido y alimentado por otros órganos de los cuales, normalmente, un gran número le desobedece; que, indirectamente, todos sufren su influencia.

Este asiento del ser sensible, de la conciencia y de las facultades, funciona incesantemente, como todos los órganos vivientes, excepto durante el sueño sin delirio y en ciertos casos patológicos. Mas antes de analizar, desde nuestro punto de vista, las más importantes funciones del cerebro, veamos si los antecedentes generales de la anatomía pueden guiarnos en la sistematización de los hechos cerebrales.

1.º Está perfectamente demostrado que los actos intelectuales, ó, de una manera mas general, los hechos de conciencia, están, en todo el reino animal, indisolublemente unidos á la existencia de un sistema nervioso, y que su energía es necesariamente relativa á la mayor ó menor perfección de este sistema. Sin él, no se realiza acto alguno; no se siente ninguna impresión.

Está formado por un tejido especial, del que tanto las células como las fibras son, sensiblemente, las mismas en todos los animales.

De estos dos órdenes de elementos nerviosos, células y fibras, las primeras son los centros de acción, las segundas representan simplemente el papel de conductoras. Existe en esto algo análogo á la pila eléctrica y al hilo que trasmite á lo lejos la corriente.

En todo sistema nervioso las fibras parten de las células ó terminan en ellas.